

Más por desconocimiento que por falta de fervor religioso, son pocos los que se emocionan y se alegran y se compenentran sensiblemente, íntimamente, al leer en el almanaque o calendario, que el día 6 de Marzo—en adelante, con la reciente reforma litúrgica, será el día 7—es la fiesta de Santa Perpetua y Santa Felicidad, mártires, o durante el año en la Misa, al oír las nombrar por el sacerdote que recita el canon romano, tan respetable y venerable y memorable por su texto y por su antigüedad, pues se remonta a más de 1.300 años. Se trata, pues, de dos de las más conmovedoras y gloriosas y valientes y atractivas Santas y que la quinta persecución contra los cristianos, siglo III, y que fue decretada por el emperador romano Septimio Severo, colocó por siempre y para siempre en el rango primero, excepcional, privilegiado, preferente, de todo el martirologio, de la historia de la Iglesia y de la humanidad, al ser martirizadas en el anfiteatro de Cartago. Cartago, nombre hasta entonces solamente famoso y recordado por las rivalidades y guerras púnicas contra Roma y por el genio militar de los más grandes de la edad antigua, Aníbal, el fiero león de África que quería abatir la orgullosa águila romana, arrancándole por primera vez plumas en el sitio y destrucción de Sagunto, uno de los episodios inmortales de la historia de España.

Vibia Perpetua era una encantadora y elegante y llamativa matrona, de distinguida y brillante cuna, primorosamente y espléndidamente instruida y culta, de alma indomable, de temple altivo y de casta espiritual de las más sublimes Santas. Joven, casi de veintidós años de edad, ventajosamente casada, era madre feliz de un precioso niño que ella misma criaba a sus pechos.

Felicidad en cambio era una agraciada y bondadosa y fiel esclava, todavía más joven que Perpetua, adornada de los más envidiables y tiernos sentimientos y de un corazón dulce y esforzado, estaba también casada y poco antes del martirio dio a luz a una deliciosa niña en la misma cárcel.

Y saliendo de la cárcel al anfiteatro, como si fueran al cielo, qué espectáculo tan sensacional y estremecedor e impresionante y maravilloso era Perpetua, ángel de piel caliente, Perpetua, bella, alta, delgada, morena, con su cara ovalada llena de luz y alegría, avanzando majestuosa, noble, arrogante, con los brazos extendidos en cruz, como matrona de Cristo, como delicada de Dios, con el vigor de sus ojos verdes derribando la mirada de todos; y también la graciosa y exquisita y amable y humilde Felicidad, gozosa de estar bien de su parto, para luchar con las fieras, de la sangre a la sangre, de la partera al gladiador.

Ojalá yo pudiera transcribir íntegramente, completamente las "Actas" de las Santas Perpetua y Felicidad, pero dada su extensión me es imposible del todo. Y lo deploro de corazón, pues no hay nada más precioso y conmovedor y patético y auténtico e inmejorable como la **Passio S. S. Perpetuæ, Felicitatis et sociorum**.

Se entienden por "Actas de los Mártires", los protocolos oficiales del proceso contra los cristianos, interrogación, condenación y ejecución. Pero más tarde, la gran mayoría de las "Actas" fueron adulteradas con leyendas tradicionales o de pura invención, aunque fuera con espíritu devoto y edificante, como acontece con innumerables vidas de Santos, por lo que han de tenerse por novelas religiosas. De ningún modo sucede esto en cuanto a las "Actas" o **Passio** de las Santas Perpetua y Felicidad, "una de las obras más bellas de contenido cristiano que nos haya legado la antigüedad, preciosísima para la historia religiosa del tiempo, excepcional como documento literario, por la verdad del estilo, por la pintura de los caracteres, por el contraste de los afectos, que imprimen a la narración el movimiento de un drama lleno de frescura y de palpitante realidad" (1). La mayor parte de esta **Passio**, lo que

le da una categoría y clase impar, fuera de serie, es autobiográfica, por la misma Santa Perpetua, con un estilo bonito, elegante, fino; una otra parte, la más pequeña, es escrita por Sáturo, el valiente y arrojado catequista y compañero de martirio, con estilo vivo, atractivo, varonil, y el prólogo y la narración de la tragedia martirial o epílogo, se debe a un testimonio de vista, y que es el armonizador de toda la "Acta" y que la dio a conocer al pueblo fiel y para leerse ante el sepulcro de las Santas y en las iglesias, en latín y en griego, y puede asegurarse que no es otro que el tan célebre apolo-gista y polemista patristico, el gran africano Q. Septimio F. Tertuliano, conocedor profundo de todos los ramos del saber, el más original, individual y fecundo de los escritores latinos, de temperamento rigorista, severo y tenaz, que así quiso rendir el más encendido y emotivo y estupendo e inmortal homenaje a sus más distinguidas y prestigiosas y gloriosas y maravillosas compatriotas cartaginesas.

Yo, cuantas veces, y son muchas, he leído la **Passio Perpetuæ**, siempre me he hondamente y entrañablemente emocionado e impresionado y no debo avergonzarme ni ocultar que lloré al leerla por primera vez, haciendo estremecer todo mi ser durante su lectura y que las lágrimas no desaparecieran de mis ojos en ningún momento. Esta **Passio** no es novela, ni ficción, como "Fabiola", de Wiseman; "Quo Vadis?", de Sienkiewicz; "Los Mártires", de Chateaubriand, quien en esas "Actas" algo se inspiraría; "El Signo de la Cruz", de Barrett; "El Barco errante", de Von Krane; "¡Paso a la Mártir", de R. B. P., ambas éstas con alusiones bonitas, deliciosas y magníficas a Santa Perpetua y Santa Felicidad; "Las hermanas de Fabiola", de Lorenzo, cuyo tema es precisamente la vida, pasión y muerte de tan primorosas y preciosas y bizarras jóvenes cartaginesas, sino que esta **Passio** es la más patética y trágica y genuina y cruel realidad y verdad en todos sus detalles y escenas y jamás será debidamente, suficientemente, adecuadamente ensalzada, elogiada y admirada, "de muy original contextura y de autenticidad no discutida, uno de los monumentos más admirables y más puros que nos haya legado la antigüedad cristiana. Todo ditirambo crítico quedaría bien por bajo de la grandeza de su valor". "Toda un alma, la de Perpetua, a par de cristiana y de mujer, de hija y de madre, se nos revela con grandeza impresionante en estos relatos autobiográficos, dignos de pasar a las antologías de la literatura universal" (2).

Y referente a que cuando Perpetua no pudo, por negárselo el padre de ella, al no apostatar de la fe, conseguir que su hijito permaneciera por más tiempo consigo en la cárcel, escribió Perpetua, "como lo quiso Dios, ni el infante deseó más los pechos ni me hicieron hervor: no fuera macerada por la solicitud del infante y por el dolor de los pechos", dice un afortunado comentarista: "No alcanzo a encontrar en obra alguna de la literatura universal profana, en drama alguno, aún entrando en la cuenta los más insignes trágicos de la antigüedad griega y latina, un espectáculo más conmovedor, una escena que, en su realidad sencilla y desnuda, pinte con más fuerza y pasión el último martirio de un alma combatida entre el impulso del sentimiento y la voz del deber, como lo escribe Santa Perpetua. No sin razón, el grande San Agustín se sentía presa de sereno entusiasmo cuando celebrando ante el pueblo de Hipona la memoria de Perpetua contemplaba maravillado, en la imagen de la Santa, la bella armonía con que afectos diversos, mas igualmente fuertes: la piedad filial y el amor maternal aparecían fundidos con cuanto la fe tiene de más vivo y profundo" (3). "El martirio señaladamente de Perpetua y Felicidad desafía toda comparación con cualquier página de la literatura universal" (4).

En cuanto a las varias "visiones de Santa Perpetua,